

SEMINARIO

CONCILIAR DE MADRID

Nº75



*“Sobre esta piedra
edificaré mi Iglesia”*

Director: Pablo Herrera.

Redactor jefe: Jorge Germán.

Consejo de redacción: Álvaro Gangoso, Eduardo Gutiérrez de Cabiedes y Álvaro Solé.

Colaboradores: Guillermo Ara, Jaime Echanove, Guillermo García, Alberto del Olmo y Santiago Vidal.

Fotografía: Alfonso Blanco, Mauricio Oriol y

Archimadrid

Correctores: Álvaro Simón Marco y Jacobo Vázquez.

Diseño, maquetación e impresión: Image Print.

Edición: Seminario Conciliar de Madrid

San Buenaventura, 9. 28005 Madrid

Tel: 91-364-49-00 Fax: 91-364-28-82

Depósito Legal: M-40915-1995

SEMINARIO

CONCILIAR DE MADRID

Cum Petro et sub Petro

Los seminaristas de Madrid hemos tenido el privilegio de visitar al Papa en Roma, un regalo que nos ha hecho el Señor a través de nuestro arzobispo don José. Han sido unos días en los cuales hemos reconocido de forma visible la comunión de la Iglesia, la comunión entre los miembros del Cuerpo de Cristo.

Por una parte, hemos podido experimentar la **comunión con el Santo Padre**. En la audiencia, pudimos ver a un hombre humilde que se reconocía a sí mismo como pecador; sin embargo, cuando hablaba se respiraba algo diferente, algo superior. Se podía percibir cómo el Espíritu Santo habla a través de él. No en vano, varios han vuelto con una imagen renovada del Papa a raíz de escucharle y de saludarle. Sin duda, hemos vivido en nuestra propia carne que el Papa es verdaderamente el sucesor de Pedro.

Por otra parte, la **comunión con nuestro obispo**, nuestro padre y pastor. Su cercanía y su preocupación por nosotros han sido signo evidente de su paternidad. Un ejemplo muy palpable de esta comunión fue la Eucaristía que celebramos en la Basílica de san Pedro, presidida por don José, en la capilla bajo cuyo altar reposan los restos de san Juan Crisóstomo. Fue realmente sobrecogedora. El propio san Juan Crisóstomo decía sobre la Eucaristía: "¿Qué es, en efecto, el pan? Es el cuerpo de Cristo. ¿En qué se transforman los que lo reciben? En cuerpo de Cristo; pero no muchos cuerpos sino un sólo cuerpo."

Por último, hemos podido vivir la **comunión entre nosotros**, entre los seminaristas. Convivir en estos días y, sobre todo, compartir la Eucaristía, nos ha hecho vivir la comunión como Cuerpo de Cristo. Ojalá todos, cuando celebremos la Eucaristía, seamos conscientes de esta comunión de toda la Iglesia, especialmente con el Papa. Como dice san Juan Pablo II en Ecclesia de Eucharistia: "Toda celebración de la Eucaristía se realiza en unión no sólo con el propio obispo sino también con el Papa, con el orden episcopal, con todo el clero y con el pueblo entero. Toda válida celebración de la Eucaristía expresa esta comunión universal con Pedro".



Sumario

- EDITORIAL
Cum Petro et sub Petro
- LA VOZ DEL RECTOR
Peregrinos y apóstoles
- CRÓNICA
A Roma
- EL SEMINARIO EN ROMA
- CRÓNICA
Seréis mis testigos
- CRÓNICA
Expropiado al servicio
- ACTUALIDAD EN IMÁGENES
- ENTREVISTA
Te necesito
- VIDA ESPIRITUAL
¿Qué te roba el sueño?
- SEMINARIO MENOR
Roma, ¡dulce hogar!
- REPORTAJE
2024: Un solo corazón y una sola alma
- CONTRAPORTADA



Peregrinos y apóstoles

“Nació peregrino el linaje de las doce tribus de Israel, porque también Cristo iba a engendrar, peregrino, la Iglesia afirmada sobre las doce columnas (de los Apóstoles)”. Estas palabras de S. Ireneo, bien recogen la experiencia y muchos de los sentimientos vividos por nuestro seminario en la peregrinación a la Ciudad Eterna, del pasado mes de febrero.

Peregrinar es reconocerse “homo viator”. Así partimos desde nuestra casa de formación en Madrid a Roma. Un camino a transitar, un proceso que recorrer, una llamada a la que responder... una vocación que nos sitúa siempre en camino, como discípulos del Maestro.

“Peregrinos de la esperanza”. Así nos dirigimos hacia la urbe de los Apóstoles Pedro y Pablo, ciudad que guarda la memoria de innumerables mártires, donde la esperanza les hizo testigos de la fe. Y hoy, los elegidos por Cristo, están llamados a ser testigos de esperanza, aprendiendo de ellos y de su mano.

Peregrinar significa caminar hacia la verdadera patria, hacia la Jerusalén celeste, sintiéndose Pueblo de Dios en marcha, Iglesia que peregrina. En palabras de S. Agustín: “No temas, que nada te asuste; atiende a la nostalgia de la patria, ten conciencia de tu condición de peregrino”. Reconociendo el gozo de nuestra condición creatural, hijos de Dios en marcha, podemos acoger el Don de la vida nueva que se hace servicio y entrega en favor de nuestros hermanos.

Partimos como peregrinos, permanecemos como tales; fuimos edificados y enraizados en la comunión de la Iglesia, junto al sucesor de Pedro y nuestro obispo; queremos ser apóstoles de la alegría del Evangelio, amando y sirviendo siempre a Jesucristo y su Iglesia.

Muchas enseñanzas y vivencias nos traemos desde Roma, instruidos por el Papa Francisco, la universalidad de la Iglesia y la fraternidad evangélica. Así nos alentaba: “Formación espiritual seria, formación intelectual seria, formación comunitaria seria, formación pastoral seria”. Que esta seriedad que nos pide el Papa en la formación, se manifieste en entrega generosa y gozosa, como la suya, en favor de todo el Pueblo de Dios. ¡GRACIAS SANTO PADRE!





A Roma

Al final de la cena de Navidad, don José se guardaba una sorpresa: “Tengo una noticia. ¡Nos vamos a Roma a ver al Papa!” El estruendo de aplausos y vítores que siguen al anuncio dan prueba de la emoción que sólo una noticia así puede ocasionar. Vamos a poder viajar a la *Cittá Eterna* y, encima, con la oportunidad de tener una audiencia privada con el Papa. Porque ese es el gran atractivo del viaje: nos vamos de romería (nunca mejor dicho) a ver al Santo Padre, a ver a Pedro.

Los exámenes se afrontan de manera distinta sabiendo que, en cuanto acabe el último, nos vamos. Y por fin llega el viernes. Comemos en el autobús de camino a Barajas. La comitiva está compuesta por casi ochenta seminaristas del Mayor, diez del Seminario Menor y el equipo de formadores y directores espirituales. Entre siestas y conversaciones, llegamos a Roma. Los dos albergues donde nos alojamos están a unos diez minutos andando del Vaticano. Tras dejar el equipaje y cenar, damos un paseo corto para poder madrugar el sábado y estar a las ocho sentados en la Sala Clementina.

Después del encuentro con el Papa, emocionante e impactante, comemos en la residencia y tenemos la tarde libre. Aunque muchos ya hemos estado en Roma, para otros es la primera vez, así que la mayoría de grupos de seminaristas hacen el recorrido típico, que va desde el Panteón hasta el Coliseo, pasando por el Foro y el Gesú. Algunos, incluso, se sumergen en los increíbles Museos Vaticanos. A la hora de la cena, la mayoría de seminaristas se juntan por cursos para tomar una pizza o algo de pasta. Y, después de otro paseo para ver la Fontana de Trevi (y, sobre todo, tomar un helado), vuelta para el alojamiento.

Realmente, no hay ninguna ciudad en el mundo tan icónica como Roma. La oleada de turistas



que la inunda siempre da cuenta de lo fascinante que resulta. Sólo ella puede presumir de ser sede madre de la Iglesia Católica, capital de uno de los imperios más poderosos de la historia y tesorera de lujo del esplendor renacentista.

El domingo tenemos Misa en la parroquia de Santiago y Monserrat, en la que será la toma de posesión de don José. E, igual que el sábado, tarde libre después de comer. Visitas a conventos, una cerveza (o un tiramisú) con algún amigo que vive allí o paseo por las principales iglesias (y también por las que no lo son tanto, ninguna decepciona). Los planes son muy distintos. Volvemos después de cenar dando otro paseo, y nos preparamos para la última mañana en Roma. Don José nos ha preparado una ruta por las basílicas mayores, aunque, como volvemos en dos vuelos distintos, algunos vamos pronto al aeropuerto para coger el vuelo antes de comer. Los que se quedan, van a ver Santa María la Mayor.

La experiencia ha sido increíble. Todo se mezcla en un viaje intenso y con muchas experiencias. Ante todo lo vivido sólo cabe dar muchas gracias, porque, sin duda, somos unos privilegiados. Volvemos siendo un poco más romanos, y más unidos a la Iglesia y al Papa, que durante hora y media dejó bien claro cuánto nos quiere a todos. Y eso sólo anima a continuar por el camino hacia el sacerdocio que unos comenzamos ahora y otros llevan tiempo recorriendo.





Seréis mis testigos

El día 3 de febrero los seminaristas tuvimos un **encuentro con el Papa que está dando frutos de alegría y de fe**. Hemos ido a ver al Papa, pero no volvemos igual: “El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres” (Salmo 125).

Nada más terminar los exámenes, cogimos el avión a Roma. Al día siguiente, por la mañana temprano, estábamos entrando al palacio apostólico por el “cortile San Damaso”. Allí es donde se da la bienvenida a los visitantes oficiales del Papa, ¡y allí estábamos los seminaristas! Fue la primera imagen, la primera impresión nada más pasar la guardia suiza. Luego subimos por unas escaleras de mármol, dejamos los abrigo y llegamos a la puerta de la “sala Clementina”. Allí era donde nos iba a recibir el Papa, ¡y cuánto lo esperábamos! Empezaron a llamarnos poco a poco, y una vez ya sentados dentro de la sala, había ciertos nervios y mucha expectación. No teníamos mucha conciencia del momento grande que estábamos viviendo, todo era como muy natural y a la vez era algo muy especial.

De repente se abre la puerta y aparece el Papa. ¡El Papa Francisco, allí estaba! Todos nos conmovimos al verle, viéndole caminar con un bastón, cogido del brazo de un ayudante. Se llegó hasta la silla que estaba frente a nosotros y se sentó. **Empezaba el encuentro por el que tanto habíamos rezado**. Don José nos presentó brevemente, le dio las gracias, y ahí fue cuando el Papa empezó a hablarnos, ¡y con qué fuerza hablaba! Se notaba que es un hombre de Dios, pues hablaba con la fuerza interior propia del que vive en oración y silencio, del que sabe que el Misterio de Dios es el que teje la historia. Nos dijo que tenía un discurso escrito, pero que lo leyéramos nosotros después. Le dio ese discurso a don José y nos dijo que le hiciéramos preguntas: “¡Pregunten lo que quieran, no se corten!” -nos dijo- “que empuje el más caradura”.

Abrió el turno de preguntas el rector, que preguntó sobre la formación sacerdotal. El Papa le dijo que era necesaria: “vida espiritual seria, vida intelectual seria, vida de comunidad seria y vida apostólica seria”, y todo hilvanado por la obediencia, viviendo en comunión con el obispo.

Luego nos habló de la importancia para un sacerdote de saber tratar con todos, y **enseguida empezaron a salir preguntas sobre la oración y la vida espiritual**.

Insistió varias veces sobre ello, hablando de la **delicadeza de tener pequeños gestos con Dios**, y nos dijo: “¡pasen siempre que puedan a saludar al «Capo!»”. Al decirnos esto del “Jefe” (el “Capo”, como él lo llamó) nos daba a conocer algo propio suyo, pues hablaba de esto como algo que él hace cada noche. Nos dijo también que la oración vocal tiene mucha fuerza, que siempre hay que valorar, y que rezar es «ponerse a tiro del Señor». Nos decía algo así como que para pedir hay que ponerse delante del sagrario con el Evangelio en una mano y con nuestros problemas en la otra, y esperar con fe la respuesta del Señor.

Una y otra vez iba saliendo el Espíritu Santo en las respuestas que nos daba el Papa. Nos decía que el Espíritu es el que nos lleva de la mano, es el que obra la comunión y nos llama a una vida entregada. Le preguntaron sobre la diversidad en la Iglesia y respondió hablando de Pentecostés, diciendo que allí todos hablaban lenguas distintas, y todos sin embargo se entendían. Nos invitó a “armar lío”, como ya dijo en la JMJ de Río 2013, «¡armen lío como en Pentecostés!».

Un seminarista le preguntó: “Santo Padre, ¿qué es lo que más le gusta de Jesús?”. En la sala sonaron algunas risas, como diciendo: “vaya pregunta tan personal”. Pero el Papa contestaba a todo, tenía toda su atención para nosotros. **Nos dijo que lo que más le gusta es la paciencia del Señor, su cercanía**, y puso de ejemplo la paciencia que tuvo Jesús con los apóstoles. Este momento fue precioso, porque habló de lo importante que es tener conciencia de ser necesitado, porque el necesitado es el que pide. Para mí, **el titular de todo lo que nos dijo podría ser: “pedid al Señor, el necesitado es el que pide”**. Y es que el que pide al Señor, pide también perdón, por eso justo después nos habló del sacramento de la reconciliación, diciéndonos: “Dios no se cansa nunca de perdonar. Somos nosotros quienes nos cansamos de pedir perdón”.



Todo era elocuente, tanto verle a él como lo que nos dijo: cómo nos habló de la oración, de la confesión, de la Eucaristía, de volver una y otra vez a la relación con el Señor, incluso en un momento dado nos invitaba a «recordar el primer amor, el primer enamoramiento del Señor». Y luego, al hablar sobre la Iglesia nos indicaba que la fe o es eclesial o no da el fruto que viene del Espíritu. Ya el Concilio Vaticano II decía que “el Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles”.

Lo que nos ha pasado ha sido algo grande, una confirmación muy potente en la fe de la Iglesia –“creo en la Iglesia” decimos en el Credo–, ha sido un **cambio de mirada sobre la persona del Santo Padre, descubrir a la persona que es el Papa**, a un hombre que entrega su vida por la Iglesia y que no es lo que muchas veces se dice de él. Cuando terminó el encuentro, le dio las gracias a don José por llevarnos allí, él a nosotros... ¡pero si justo es al revés!

Nos dijo el Papa que «el Evangelio debe ser testimoniado», que no es una ideología -una “gran idea” como decía Benedicto XVI - sino que se encarna. Y esto es lo que nos pedía el Papa, allí, en aquella inolvidable mañana de sábado en el Vaticano, en que **vino a decirnos: “sed testigos del Señor”**. A la salida, hablabas con cualquiera y todo el mundo estaba contento. No había un solo “pero”. Un director espiritual me dijo: “¿cómo no estar feliz, con lo que ha pasado?” Y entonces, ¿qué ha pasado? Pues lo que dice San Pablo, que “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”. Celebramos una misa preciosa con don José todos los seminaristas, y ahí acabó el encuentro, dando gracias a Dios. Al volver a Madrid, nos ha tocado contar lo que hemos vivido en nuestras parroquias, a la familia, a los amigos, etc. No nos lo podemos quedar para nosotros, ¡esto es un bien para todos! Ahora a la vuelta, algo ha cambiado en el seminario. Hemos ido a ver al Papa, pero no volvemos igual.



Expropiado al servicio

La Iglesia que peregrina en Roma tiene un papel singular dentro de la Iglesia Universal. Su primer obispo fue Pedro, el Apóstol, a quien Jesús encomendó "apacentar a sus corderos", y que fue martirizado en esa misma ciudad, en tiempos del emperador Nerón. Es por esto que, a día de hoy, el obispo de Roma (a quien nosotros llamamos "Papa") sigue siendo sucesor de Pedro, fundamento visible de la unidad de toda la Iglesia.

En los primeros siglos de la historia de la Iglesia, el Papa era aconsejado y ayudado en sus tareas por los distintos miembros del clero de la ciudad (diáconos, presbíteros y obispos de las diócesis vecinas). Estos clérigos están en el origen del actual colegio de cardenales, y es por eso que, aún hoy, cuando es elegido un nuevo cardenal en la Iglesia, tiene que "tomar posesión" de uno de los templos de la *Ciudad Eterna*.

Nosotros, como Seminario, acompañamos a nuestro obispo, don José, en su toma de posesión de la *Iglesia Nacional Española de Santiago y Montserrat* el domingo 4 de febrero, un día después de nuestra audiencia con el Papa Francisco. De este modo, pudimos hacer experiencia, en nuestro camino de formación, de cómo la Iglesia es, como dice San Pablo, un "cuerpo" (el de Cristo), y cada uno de nosotros, por el bautismo, un miembro según su vocación particular. Así nos lo recordó el cardenal en su homilía: "cada bautizado está llamado a ofrecer a Jesús su propia fe, pobre, pero sincera, para que Él pueda seguir construyendo su Iglesia hoy". Es Jesús quien construye la

Iglesia, pero lo hace valiéndose de los hombres, a quienes llama a diversos ministerios en ella. Participar de la misa con la que nuestro cardenal inauguraba su ministerio tan solo un día después de haber estado con el Papa fue para nosotros un testimonio de esta unidad diversa de la Iglesia; una unidad que, como recordaba don José, "solo es posible cum Petro et sub Petro".

En la homilía también se nos invitó a reflexionar sobre lo que significa "poseer" o "tomar posesión", porque "Cristo no nos llama a poseer nada, sino a acoger la suprema pobreza que es apoyarse solo en Él". Es una enseñanza para los que nos preparamos para recibir la ordenación sacerdotal, pues tampoco "un sacerdote toma posesión, más bien se expropia al servicio de los demás".

En realidad, como recordaba José Jaime Brosel, rector de Montserrat, al final de la misa, lo que sucedía, más bien, es que esa Iglesia "había tomado posesión" del nuevo cardenal. Lo que ahora "posee" don José es el yugo del esposo (del cón-yuge), que le moverá a entregar toda su vida por Cristo y por la Iglesia hasta, si fuera necesario, el derramamiento de la sangre, tal como simboliza el color rojo de su solideo. Y nosotros damos gracias por poder formar parte de esta historia que comenzó hace dos mil años en Galilea, y que nos alcanza por medio de los "sies" de los que nos han precedido en este Pueblo que es la Iglesia.





Visita del arzobispo de Tánger



Oración por la unidad de los cristianos



Solemnidad de la Inmaculada



Cena de Navidad



Ministerios de acólito y lector



Te necesito

Una vida bien vivida es el ideal al que todo el mundo aspira, pero... ¿Qué supone esto? Experimentamos que cada historia es única, pues nuestra experiencia de vida se ve transformada por acontecimientos que marcan toda una vida. Hoy, Alejandro nos cuenta su historia, una entre tantas; pero, al mismo tiempo, completamente singular y exclusiva. Querido lector, introdúctete con la mirada asombrada ante una vida recibida y entregada, para que muchos vean y entiendan que las vidas se entrelazan y se elevan cuando miran desde el corazón.

¿Quién eres?

Soy Alejandro Carrara, sacerdote de la diócesis de Madrid, una persona que se encontró con Cristo.

¿Tu infancia?

Hijo de militar, el tercero de seis hermanos, nacido en Cádiz, vinimos a Madrid para buscar la formación de un hermano con discapacidad.

¿Tu vida de fe?

Soy de familia católica, recibí la formación católica en un colegio militar. Pero en un momento de mi vida empiezo a alejarme de la Iglesia, decía eso de "creo en Dios, pero no creo en la Iglesia". Me agarré a las cosas del mundo, al dinero, a la fama, a la estima.

¿Dónde te encontraste con el Señor?

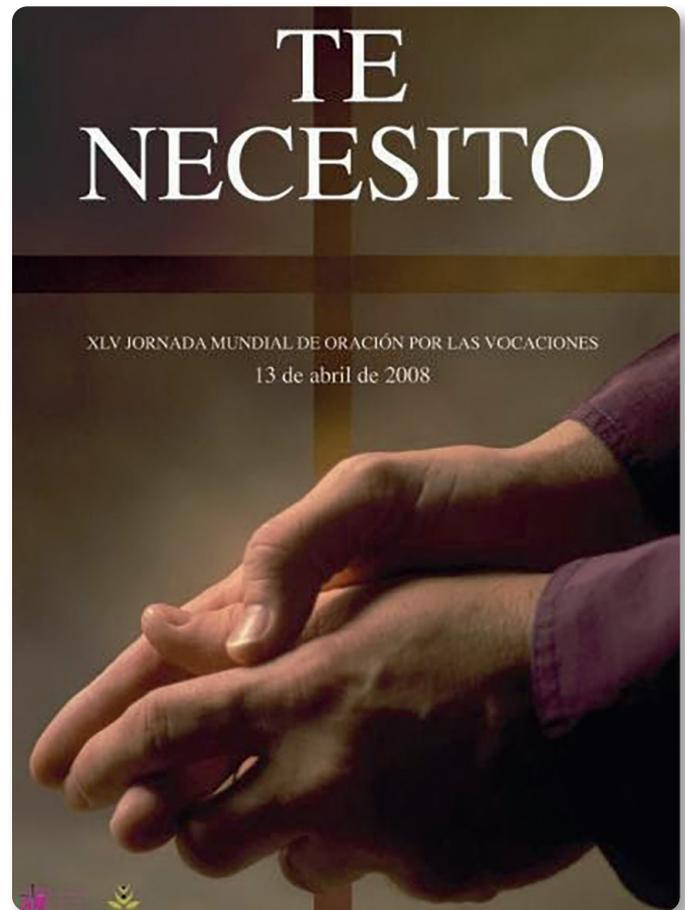
En la enfermedad y el sufrimiento de un padre enfermo de cáncer.

¿Cómo empezaste a relacionarte con Dios?

Me aferré al sagrario más que a la Iglesia, no iba mucho a misa, pero sí que iba todos los días al sagrario. Salía de trabajar a las 7 de la tarde, iba a una parroquia, me sentaba en la capilla y me relacionaba con el Señor haciendo promesas, intentando chantajearle buscando la curación de mi padre.

¿Qué supuso la enfermedad de tu padre?

Es ahí donde empiezo a buscar a Dios, intentar entender, comprender, me hago esa pregunta esencial: ¿Qué pasa? ¿Por qué se muere alguien? Una persona cristiana, ¿por qué se tiene que marchar tan pronto? Fueron tres años muy intensos de tratar de buscar a Dios.



¿Cómo fue el encuentro con el Señor?

Murió Juan Pablo II, mi padre le tenía mucho cariño y decidimos ir a visitar su tumba. Allí en la basílica de san Pedro me dijo mi padre: "Alejandro, lo tienes todo, ¿por qué no metes a Dios en tu vida?" Entonces me invitó a confesarme. Fue de los mayores regalos que mi padre me ha hecho. En aquella confesión el Señor se me apareció, me perdonó, me abrazó, no le importó mi historia ni mi pecado. Lo único que hizo fue abrazarme sin pedirme explicaciones.

Y después...

Retomé la vida de fe de mi infancia. Comencé a ir a misa, a frecuentar los sacramentos.

Pero tu padre murió

El 2 de abril de 2006 mi padre fallece de cáncer. Se murió en brazos de mi madre.

¿Cambió tu relación con Dios?

Entré en un constante conflicto con Dios. Me descolocó muchísimo. Ahora era un alejamiento consentido por mí, es como si te falla un amigo y



decides no seguir con él. Empezaron dos años de caída libre en la que, siendo consciente de lo que hacía, de esa experiencia de Dios, de su amor, de que me había perdonado, de su misericordia, decido hacerle daño. Recuerdo que le decía: "Yo he perdido a mi Padre, pero tú has perdido un cristiano."

¿Qué te hizo volver?

Unas navidades mi hermana contó que hizo cursillos de cristiandad. Hablaba bien de Dios a pesar de lo vivido. Me apunté por internet, me llamaron, me invitaron y fui.

¿Qué te encontraste allí?

La Cruz de Cristo, la Iglesia como familia y la figura de un sacerdote.

¿Qué supuso?

Empiezo a mirar a Dios más que a mirarme a mí. Empiezo a desencorvarme. A rezar más e ir a misa entre semana, y ahí Dios me ofrece un camino de mayor entrega. Mi manera de vivir cambia y empiezo a hacer mejor las cosas.

¿Cuándo surge la vocación?

En la jornada de oración por las vocaciones del 2008 veo un cartel que pone: "Te necesito". Eso me interpeló muchísimo.

¿Cómo viviste la vocación?

Cuando surge esa inquietud vocacional y le pongo nombre de sacerdocio, yo empiezo a huir. Me asusté porque tenía que dejar demasiado. Aunque sigo yendo a misa los domingos, dejo la dirección espiritual y empiezo a agarrarme a las cosas del mundo. Pero seguía teniendo una lucha interior muy grande. Necesitaba a Dios en mi vida, a mi manera. No estaba dispuesto a renunciar.

Y en esta huida, ¿cómo decidiste entrar al seminario?

En esa época trabajaba en Jerez, así que decidí venir a Madrid todos los fines de semana y em-

pezar una dirección espiritual nueva, obviando la cuestión del sacerdocio. Surge la inquietud de nuevo: me bombardeaba. Entonces me dijo el director: "Yo no sé si tienes vocación, pero tienes que pedir ayuda a la Iglesia para discernirlo, no puedes seguir así".

¿Empezaste un discernimiento?

Hice el curso introductorio y eso a mí me dio mucha paz. Encontré a gente que vivía lo mismo que yo.

¿Ese año hiciste ejercicios espirituales?

Creo que tenemos que hacer silencio para que el Señor hable. A mí ese silencio no me gustaba, porque me decía una cosa que no quería. Yo llegué a esos ejercicios y en un momento determinado me quise marchar. El director espiritual me pidió que me quedase esa noche e hiciese una contemplación. Me bajé solo a las 12, apagué todas las luces, me puse delante del sagrario y en ese silencio escuché claramente que el Señor me decía: "¿por qué no te fías de mí?" En aquella capilla el Señor me cogió el corazón. Le dije que sí y tiré hacia delante. Así fue como llegué al seminario.

¿Y ahora?

Le doy gracias a Dios y a la Iglesia, a esta casa (el seminario), porque aquí cambió mi vida. Yo entré siendo una persona y salí siendo otra. Yo estoy aquí porque Dios se ha empeñado y porque la Iglesia me dijo que sí. Estos cinco años de sacerdocio para mí son un milagro.

Algo de tu sacerdocio...

Poder ser instrumento para perdonar los pecados. Es un asombro. Con todo lo que yo traigo en mi mochila...

¿Qué es para ti la parroquia?

Para mí la parroquia son las personas que hay allí. Es el centro de mi vida con Cristo. Donde entregar mi vida, donde ejerzo mi ministerio; el regalo que Dios me ha dado.

Viendo tu historia, ¿qué es el sufrimiento para ti?

El encuentro con Cristo. Jesús murió sufriendo. Es un lugar privilegiado para encontrarte con Dios, para encontrarte con el sufrimiento de Cristo que entregó la vida por ti.

¿Cómo resumirías tu vida?

Un milagro.



¿Qué te roba el sueño?

María, una joven con una personalidad especial dentro de la familia de Joaquín, se destacaba por su profunda sensibilidad hacia el mundo de la poesía y la belleza, a diferencia de sus parientes, más preocupados por las labores cotidianas y los quehaceres de la aldea. Aunque todos en casa se afanaban en las tareas diarias, María anhelaba algo más y buscaba en los versos de los salmos una vía de escape para saciar una sed de significado a su existencia.

Un día, José de Nazaret, un hombre de linaje distinguido, se cruzó con María ante el pozo que ella frecuentaba. José provenía de una familia respetada y conocida en la comunidad cuyos ancestros habían acumulado méritos y respeto en un tiempo remoto. Aunque José no era dado a excesos románticos ni a divagaciones poéticas, su sola presencia despertaba en María un amor en el que ella percibía la materialización de sus anhelos poéticos.

La relación entre José y María floreció en pocos meses, entablando una relación que teñía de complicidad romántica cada instante de sus vidas. María encontró en José un compañero con quien compartir sus pensamientos y sueños, mientras que José descubrió en esa muchacha una futura esposa que **iluminaba su existencia con nuevos colores**.

El amor entre María y José no tardó en dar paso a un compromiso de matrimonio, y durante el año anterior de su unión, disfrutaron de un tiempo para soñar juntos, entusiasmados por la novedad. Hasta que sucedió lo inimaginable. Todo empezó con el anuncio del ángel, cuando sus vidas cambiaron para siempre.

Con el transcurso de las horas, José comenzó a sentirse abrumado por la intensidad de los sentimientos de María y su constante búsqueda de algo de lo que él no era capaz de hacerse cargo. Para él, el amor no era una llama ardiente e incesante, sino más bien un brillo tranquilo y constante, como los rescoldos en el hogar. Todo esto suponía un fuego devorador que amenazaba con consumir todos sus proyectos. **Una lucha fuego contra fuego**.

María, que antes veía en José la encarnación de sus sueños poéticos, aquella noche se sentía incomprendida y desilusionada por su falta de entendimiento. José, por su parte, se veía abrumado por una aparente constante búsqueda de emociones intensas por parte de María, anhelando la paz y la estabilidad en su relación.

Solo habían pasado unos días, y su vida juntos fue perdiendo su encanto inicial. José anhelaba la tranquilidad y la estabilidad, mientras que María seguía embriagada de poesía y cantos románticos en cada gesto y palabra. Su prometida no parecía consciente de la gravedad de la situación. Aunque se amaban profundamente, parecía que sus expectativas y formas de experimentar el amor eran inasumibles, y comenzaron a distanciarse.

A medida que las semanas pasaban, la brecha entre ellos se hacía cada vez más evidente, hasta que finalmente tuvieron que enfrentar la realidad de que sus expectativas y deseos divergentes los estaban llevando por caminos separados. Aunque su amor era real y profundo, su incapacidad para comprender llevó a José a repudiar a María y reconocer que **su unión no era suficiente**.

Con el corazón roto, José tomó la difícil decisión de separarse, sentía que no podrían encontrar la felicidad juntos. En su paciente espera, y exhausto por la tensión de los hechos, encogiéndose de hombros, José cayó dormido en un profundo letargo. El ángel le dijo: «No temas... pues es obra del Espíritu.»

José se levantó de inmediato y siguió su sueño.

Dios ya estaba en medio de ellos, vivo, en lo concreto de Nazaret.

Soñaba José, soñaba Dios.



Hazme una cruz sencilla,
carpintero...
Sin añadidos
ni ornamentos...

Que se vean desnudos
los maderos,
desnudos
y decididamente rectos:
los brazos en abrazo hacia la tierra,
el astil disparándose a los cielos.

Que no haya un solo adorno
que distraiga este gesto:
este equilibrio humano
de los dos mandamientos...

Sencilla, sencilla,
hazme una cruz sencilla,
carpintero.

“Una cruz sencilla”, León Felipe



Roma, ¡dulce hogar!

Los chavales del Seminario Menor también han tenido la grandísima suerte de poder ir a Roma a ver al Papa. Fernando, uno de los chicos, contaba que “para financiar el viaje hemos contribuido vendiendo papeletas. Esto me hizo madurar para no ser tan tímido con la gente y me ayudó a ser más responsable”. Para Julián era la primera vez que se subía a un avión: “Estaba con muchas ganas de llegar y conocer al Papa. Hubo momentos en los que, andando por la calle en silencio, me decía a mí mismo: “¿qué hago yo en Roma? ¿Cómo he llegado hasta aquí?” No me lo podía creer. Cuando íbamos a ver al Santo Padre, me quedé mirándole fijamente. Tampoco me lo creía, solo pensaba: “¿Cómo puede ser que esté viendo al Papa delante de mí?” Estos recuerdos me quedarán para toda la vida.”

Pablo Fernández fue uno de los que se lanzó a preguntar al Santo Padre: “Le pregunté cómo discernir, dentro de la vocación consagrada virginal, entre una vida de servicio al pueblo, como sacerdote, y una vida más apartada, contemplativa, en un monasterio. Me respondió que con mucho discernimiento. La llamada es de Cristo a través de los acontecimientos de la vida: «si lo has sentido en tu corazón, si simplemente lo "sabes", ¡no dudes en responder! La llamada es suya... No consiste en pensar mucho, si lo piensas demasiado... ¡mal asunto!»”. Luis también se lanzó a preguntarle: “Le pregunté cómo se enamoró de Jesús, porque quería saber más sobre su relación con Él. Nos explicó que comenzó a nuestra misma edad, a través de una confesión, hasta que a los 19 años entró en el seminario. Su respuesta me hizo ver que Dios puede salir a tu encuentro cuando menos te lo esperas, de una manera normal y cotidiana.”

Jaime cuenta que, además del encuentro con el Papa, “por las tardes hacíamos turismo y los del Menor quedamos en que cada uno iba a investigar un monumento de Roma para poder explicárselo a los demás. Pudimos ver en total diez sitios diferentes, con explicación incluida: la Fontana de Trevi, el Coliseo, el Panteón... A mí me tocó investigar la Columna de Trajano, una obra arquitectónica impresionante”. Antonio nos resume uno de los planes nocturnos: “Cenamos con un grupo de veinticinco seminaristas mayores y



nos cuidaron mucho. Al principio pensé que para ellos sería un poco aburrido estar con nosotros, pero se les veía muy contentos y me sentí muy acogido. Estoy muy agradecido por el trato de los mayores hacia nosotros.”

Para Pablo Parra, la conclusión del viaje está muy clara: “La peregrinación a Roma ha sido una experiencia única que nos ha ayudado a seguir formando una buena comunidad. Me quedo con el buen ambiente de servicio, de buscar la comodidad del otro, de vivir en Cristo. De este encuentro he salido muy contento, habiendo conocido más a mis hermanos y aumentando más la unión de la «Comu»”. Y Jorge pone el broche de oro: “Estamos muy agradecidos a don José por esta gran oportunidad que nos ha dado de conocer al Santo Padre. Ese fin de semana nos ha hecho ver cómo nuestra diócesis nos cuida. Don José ha sido muy cercano con nosotros, haciéndonos bromas, chistes, y con su alegría ha hecho que nos sintiéramos muy acogidos.”



2024: Un solo corazón y una sola alma

El 23 de enero, el Papa Francisco abrió oficialmente el **Año de la Oración** como preparación al Año Jubilar que tendrá lugar en 2025. Es costumbre en la Iglesia, desde hace siglos, convocar un Año Jubilar cada cierto tiempo. Unas veces se convoca un año jubilar ordinario (cada veinticinco años) y otras uno extraordinario (cada centenario del año 33 o por un acontecimiento especial, por ejemplo). El último jubileo ordinario fue en el año 2000, por lo que 2025 ha sido señalado como año de gracia. Como preparación del corazón para recibir la indulgencia plenaria y profundizar en el misterio de la Salvación, el Papa nos invita este 2024 a incrementar la frecuencia, duración y sinceridad de nuestra oración, tanto personal como comunitaria.



En la audiencia que tuvo con nosotros, el Santo Padre nos dijo que la oración, entre otras cosas, consiste en "ponerse a tiro". Es precisamente ésta su intención para toda la Iglesia: que cada cristiano y cada comunidad se ponga a tiro de Dios, que se renueven la comunicación y la confianza con el que es la Misericordia, para que así estemos más dispuestos a recibirle el año que viene. En la carta que dirigió al responsable de la organización, Francisco utilizaba estas palabras: «Me alegra pensar que el año 2024, que precede al acontecimiento del Jubileo, pueda dedicarse a una gran "sinfonía" de oración; ante todo, para recuperar el deseo de estar en la presencia del Señor, de escucharlo y adorarlo. Oración, para agradecer a Dios los múltiples dones de su amor

por nosotros y alabar su obra en la creación, que nos compromete a respetarla y a actuar de forma concreta y responsable para salvaguardarla. Oración como voz "de un solo corazón y una sola alma" (cf. Hch 4,32) que se traduce en ser solidarios y en compartir el pan de cada día. Oración que permite a cada hombre y mujer de este mundo dirigirse al único Dios, para expresarle lo que tienen en el secreto del corazón. Oración como vía maestra hacia la santidad, que nos lleva a vivir la contemplación en la acción. En definitiva, un año intenso de oración, en el que los corazones se puedan abrir para recibir la abundancia de la gracia, haciendo del "Padre Nuestro", la oración que Jesús nos enseñó, el programa de vida de cada uno de sus discípulos». Es por esto que la "Librería Editrice Vaticana" ha sacado unos "Apuntes sobre la oración", ocho volúmenes en los que se profundiza en las diversas formas de oración que ha habido y hay en la Iglesia.

Además, a lo largo de todos estos años, Francisco ha insistido mucho en recuperar el sentido de la oración de adoración. Cuando Dios es adorado y reconocido como lo que es, toda la vida se ordena según su voluntad, haciendo posible así la conversión propia y del mundo entero. Ahora, más que nunca, seamos personas de oración, hagamos de nuestra vida una ofrenda y confiemos en Dios, que nos espera en Roma en 2025 pero también ahora, a cada momento, para darnos la Vida.

Mañana quiero ser el sacerdote que te acompañe, ¿me ayudas hoy?

llama al
91 365 29 41
www.seminariomadrid.org
BIZUM 01369


SEMINARIO CONCILIAR
DE MADRID



